

DISCURSO DE UN HOMBRE PERPLEJO

SABAS MARTÍN

DISCURSO DE UN HOMBRE PERPLEJO

Sabas Martín

Sr. Presidente de la Academia Canaria de la Lengua,
Sra. Vicepresidenta, Sr. Secretario,
distinguidos Académicos y Académicas,
señoras y señores,
amigos todos,

he de hacerles una confesión: soy un hombre perplejo. Y es la perplejidad lo que signa y designa hoy mi discurso ante ustedes. Pero mi perplejidad no es esa que tiene su raíz en el asombro y las contradicciones del ser, siendo como somos la suma de un latido ocurriendo como una víspera quieta a la que acucia la sangre. Lo he escrito en otra ocasión: vivir tiene forma de cáliz. Y ya sabemos que es vano aguardar del mar o la memoria el consuelo que el corazón quisiera para agotar los huecos de la muerte y conjugar la vida más allá de donde nos señalan desolados, gastándonos, los espejos. Nuestra sustancia es una fuga vulnerable. El ser humano, por ser y por humano, es una criatura carecida y efímera, perdida la inocencia originaria que nos reconciliaba con la concordia del universo. De ahí su perplejidad ante el mero hecho de existir. Sin embargo, es otra clase de perplejidad, como digo, más próxima e identificable la que ahora me abruma. O, para ser más preciso, es la suma de varias concretas perplejidades.

La primera de todas es la que surge del agradecimiento por la distinción que se me otorga al elegirme Académico Honorario. Sean, pues, mis primeras palabras de gratitud por este reconocimiento a quien, como yo, apenas si es algo más que un mero oficiante de los misterios del lenguaje. El único mérito que puedo esgrimir es el de concebir la escritura como una pasión necesaria, irreductible, irrenunciable. Y el agradecimiento a los miembros de esta Institución, sea también extensivo a quienes vienen compartiendo día a día conmigo los desvelos de este empeño del oficio de la palabra: a mi esposa, a mis hijos, a toda mi familia, a tantos buenos amigos escritores y no escritores. Sólo puedo añadir que a la perplejidad de la gratitud se suma ahora la de la responsabilidad. Seguiré escribiendo, porque no puedo dejar de hacerlo, como no puedo prescindir de mi condición de canario que me define e identifica. Pero procuraré además, en la medida de mis posibilidades y desde mi residencia en Madrid, intentar establecer lazos de cooperación concreta con otras instituciones de fuera de nuestras fronteras insulares para contribuir así a una aún mayor difusión de los objetivos que marcan las tareas de la Academia Canaria de la Lengua. Ese es mi reto y ese mi humilde compromiso.

Otra clase de perplejidad es la que me asalta al saberme inmerso en un tiempo y un mundo determinados. Pero, ¿qué tiempo?, ¿qué mundo? La tarea del escritor es contar la historia del hombre sobre la Tierra, dijo Willian Saroyan. Y ¿cuál es la Tierra en la que hoy ocurrimos?, ¿cuál es la imagen que nos devuelve nuestra imagen? Es verdad que el nuestro no es un tiempo edénico ni colmado. Nuestro tiempo es tiempo de desamparos y carencias. Tiempo de los hombres que dejaron de ser dioses, desterrados y condenados a la crueldad de los mismos hombres sobre la Tierra.

Poco antes del fin del siglo pasado, Carlos Fuentes escribía un artículo (*El País*, Madrid, 3.X.1992) en donde señalaba que todos celebrábamos ese aparentemente “prodigioso” final de la centuria. Se hablaba entonces –decía el autor de *Terra Nostra*,

aún reciente la convulsión suscitada por la caída del Muro de Berlín- del fin de la historia, de la solución de los problemas, del triunfo del capitalismo y la democracia. Y pocos años después –apostillaba Fuentes- nos encontramos sumidos en la perplejidad más extrema. Todo ha de reformularse. Todo ha de repensarse. Ciertamente, los cambios, desórdenes y conflictos diversos se han multiplicado en nuestro último fin de siglo y han sumergido en la perplejidad y la incertidumbre a los creadores. Y no sólo a los creadores. Un desconcierto generalizado ha sustituido las esperanzas concebidas al comienzo de un siglo como el XX que alumbró tantas generosas ideas como grandes figuras del pensamiento. Hoy, según analizó Ignacio Ramonet (*Un mundo sin rumbo*, Debate, Madrid, 1997) las sociedades occidentales ya no se ven con claridad en el espejo del futuro. Vivimos aturridos en medio de un vertiginoso período de rupturas, quiebras y perturbaciones cuyo efecto inmediato es la recomposición general de las fuerzas geoestratégicas, de las formas sociales, de los agentes económicos y de las referencias culturales. Incluso la noción de “amenaza”, de “enemigo”, ha dejado de ser unívoca para encarnarse en un monstruo proteico que puede mostrar, sucesiva y simultáneamente, los rostros de la explosión demográfica, la criminalidad y el terrorismo internacional, los dominios de la droga, los fanatismos étnicos, los integristas religiosos, las hambrunas y las grandes migraciones, las guerras preventivas, el deterioro ambiental y el calentamiento del Planeta, las pandemias devastadoras... Las amenazas del siglo pasado son hoy globalizadoras y se propagan sobre el conjunto de la Tierra sin que las armas clásicas sirvan para combatirlas. Resulta imposible vislumbrar con nitidez la imagen del porvenir cuando, además, asistimos al imparable impacto de las nuevas tecnologías, singularmente las que se sustentan en la revolución de las comunicaciones. Lo cierto es que ni “el fin de la historia”, según la teoría formulada por Francis Fukujana, ni “el choque de las civilizaciones”, al que recurría Samuel Huntington, han servido para explicar la complejidad de la situación contemporánea. Nuestro tiempo es el tiempo de la desaparición de las certezas y con la desaparición de las certezas y la ausencia de proyecto colectivo, cada día es mayor la distancia que media entre lo que sería necesario comprender y las herramientas conceptuales precisas para tal comprensión. Esta crisis de inteligibilidad está en el origen de lo que Max Weber definió alguna vez como “el desencanto del mundo”. El paso siguiente bien podría ser la civilización del caos. O el caos de la civilización.

Ante esta situación, los creadores, como vaticinaba Carlos Fuentes, han de repensar y reformular los parámetros culturales que permitan comprender, o intentarlo, al menos, el tiempo presente y el inmediato futuro que se avecina. La mitología del desarraigo caracteriza la contemporaneidad. Un desarraigo que no es sólo geográfico o político, sino, fundamentalmente, el desconcierto íntimo, el extrañamiento del ser que se debate en lucha contra la memoria del tiempo. Todo parece converger hacia una helada angustia, hacia la identidad disgregada, hacia el agotamiento de la operatividad clásica del arte y la cultura. Asistimos a una paradoja inquietante: ya no hay dogmas que conduzcan a certezas, ni principios que lleven a una verdad incontestable. Y a estos síntomas de nuestro tiempo hay que sumar otro: el desgaste del lenguaje. Porque el lenguaje y sus ecos han sido empleados y se siguen empleando para justificar los crímenes y las injusticias y las distorsiones de la historia. Entonces es cuando, en medio de esta dramática perplejidad que nos señala, surge otra perplejidad esperanzadora: la de aquellos que, pese a todo, seguimos teniendo una fe ciega y absoluta en la necesidad de la palabra. Una palabra surgida de la autenticidad y, quizás, de esa incierta agonía de que se reviste la confusión de una era que parece transcurrir entre la complacencia de Narciso y la arriesgada rebelión de Prometeo.

Hace algún tiempo, en un texto en donde reflexionaba sobre “La escritura como reto”, (*II Encuentro de Narrativa Canaria*, Ateneo de La Laguna, Tenerife, 1996) repetí la vieja pregunta que se hizo, interrogándonos, Hölderlin: “¿Para qué poetas en tiempos menesterosos?”. Tiempos menesterosos, en verdad, los que vivimos. Lo he venido diciendo de otra manera hasta ahora. ¿Para qué escribir?, es de nuevo la pregunta. Permítanme que recupere algunas de mis palabras de entonces.

¿A qué cuantificable utilidad pertenece la escritura? Sin duda, a ninguna. La escritura es materialmente inútil. Esa es su condición. No sirve como mercancía o ganancia. Jamás servirá. Su esencia es más profunda y más alta; su raíz crece entre la sima y la cima del espíritu; su realidad, como el mismo espíritu, es intangible, inasible, invisible. Sólo así la escritura existe y es capaz de establecer su identidad y fundar desde sí misma esa otra realidad donde se concitan el conocimiento, el amor y la memoria. Sólo así la escritura nos aproxima a la inocencia originaria y nos rescata de nuestra ajenidad y nuestro extrañamiento y nos recobra de esa ontológica y existencial cisura de nuestra quiebra con la armonía del universo. Sólo así, como un acto de pasión, inútil y necesario, en el escritor se instaura la frágil iluminación con que el hombre sobrevive en el ansia de cumplirse por entero. Ese es el designio de la escritura en nuestras manos. Ese su reto: el que quema en el callado incendio de la página.

Escritura como reto, sí, enfrentado a las palabras. Palabras que le han sido entregadas al hombre porque está solo y desgajado de su destino que ya no es el destino de los dioses. Palabras símbolo y realidad, reflejándose mutuamente, mutuamente descubriéndose y encubriéndose. Palabras que germinan y estallan y propagan sus semillas que germinan y estallan en palabras que germinan y estallan y propagan sus semillas. Palabra originaria que para ser plena ha de ser entregada, compartida, desnudo el hombre en los nombres, vivo en la inauguración del ser y los sentidos. Palabra que se cumple en el instante y anula los límites del tiempo, el suplantar de las noches y los días, del futuro y lo pretérito, la engañosa sucesión convencional de la existencia, para erigirse presente y encarnarse sagrada en su misterio, perpleja hacia lo desconocido en la mano que la escribe como un sueño o como un fuego. Escritura como reto, pues, enfrentado en soledad a todas las palabras del mundo bajo el peso de la soledad de todas las palabras del mundo. Incluso de las que aún no han sido escritas.

Escritura como reto, digo, y también como resto, como sobra, como cáscara o monda que incomoda o perturba y no se sabe qué hacer con ella, ni hay hueco, olvido o sumidero que la oculte. Escribir es reclamar la disidencia. Escribir es establecer un elemento selectivo y discriminatorio. Escribir es proclamarse diferente: inquilino en otro confín. Alejado, que no ajeno: sólo las arañas en las grietas ocupan ahora las torres de marfil. Escribir es ser intruso. Escribir es poseer el don de la palabra distinta: esa que aspira a nombrar al mundo más allá de su apariencia. ¿Dónde entonces lo útil, la servidumbre o el simulacro, el eco envilecido de la palabra rutinaria, su valor de gastada mercancía? Escribir es saberse condenado a la amarga o dulce desgracia de inaugurar la vida y habitarla con el verbo. Tal vez para no temer, así, a la nada.

Escritura como reto y como resto, sí, y también como rastro: vestigio de un fuego inaugural en el que, por un instante, fugazmente alumbra la realidad del mundo, las señas de su dolor y los signos de su gozo. Rastro la escritura ante la penumbra en la que transcurrimos, iluminándola fugitiva y ávida, haz y envés de luz encandilando con esa prematura claridad de las sombras de los cuerpos cuando se diluyen en la hoguera líquida de los espejos. Rastro del mundo propio y prójimo: ese al que amamos no porque sea grande, sino porque es nuestro, como sentenció inefable Sócrates, el antiguo filósofo. Y del mundo propio, al universo entero. Al universo sin mutilaciones. A todos los sueños, a todos los deseos, a todos los naufragios del universo. Porque por encima

de mapas, provincias, islas, lindes, barreras y fronteras, el universo es nuestra casa y la escritura el eco del infinito que es su aldaba.

Escritura como reto, como resto y como rastro, sí, y también como riesgo de transparencia, como ofrenda extrema, como peligroso acto de íntimo despojamiento. Vivir en lo escrito. Escribir. Cumplirme en cualquier palabra o fuego por mi mano escrito, al borde de los límites del mar y los sentidos, en el cuenco de la memoria, en los nombres del amor y en el silencio de sus oscuras derrotas. Mostrarme entre los márgenes de la vida y la turbia marea desconocida de la muerte. Arriesgarme en la palabra para revelarme, para desvelarme, para vivirme como ahora hago mientras me reconozco escribiéndome en el empeño.

¿Para qué escribir? Lo he escrito en un poema: para consumir “Una pasión necesaria”:

Para que la palabra diga lo que no puede decirse con palabras.
Para que la voz nombre, funde, inaugure, recobre, restañe.
Para que no calle en su silencio.
Para reconocer la apariencia verdadera en la trama de los espejos.
Para definirnos, que no explicarnos.
Para ordenar el mundo en la semejanza,
para disponerlo en una línea
y hacerlo luego entre sílabas a mi manera.
Desde la memoria, el dolor o el deseo.
Sobre las páginas del agua, en el tacto perpetuo de un drago,
donde la ilesa forja de la lava.
Para por el día no tener pasado y ser milenario con las noches.
Del legado de la estirpe, víctima;
a veces de su esperanza, cómplice.
Nunca entre los publicanos y verdugos de la historia.
Para defenderme, para desquitarme, para no tener miedo.
Obscenamente puro, humanamente contaminado.
Sin claudicaciones.
Para saberme vivo, aunque alcanzado por el tiempo.
Contra la calma sin imágenes donde crecen las muertes.
Una pasión necesaria.
Sol que reclama desde lo hondo del abismo.
En las islas del verbo, náufrago.

Náufrago, sí, en una sed incesante, fatal e interminable. Porque antes del ¿para qué escribir?, en el principio del verbo y la mano que lo escribe fue: ¿por qué? ¿Por qué escribir?

No concibo otra literatura más que la necesaria, aquella que surge de la entrega sin condiciones, la que lo es a pesar de todos o contra uno mismo, más allá de la plácida servidumbre y de los oropeles y la farfolla de mercachifles y charlatanes. Esa literatura que no quiere decir, sino que es. A estos extremos de la historia literaria ya no es posible la inocencia, cierto. Pero sí la fe ciega y absoluta en la necesidad de la palabra, lo repito de nuevo. Aunque nos engañe o nos traicione. Aunque peligremos en tamaño envite. Escribir como último y radical acto de afirmación de la existencia. Tal vez el único auténtico. Escribir para vivir sin entregas, sin renunciaciones. Haciendo de la escritura el único territorio posible donde vivir sin claudicaciones. Y escribir para preguntar, no para responder. Escribir para dudar, no para afirmar. La escritura: territorio de

interrogantes, solar de incertidumbres. Con la más alta pasión siempre. Siempre necesaria.

Así, pues, no hay más escritura que prevalezca que la que es en sí misma necesaria, ni palabra más valiosa que aquella que germina en la necesidad de quien la convoca. En esa palabra necesaria, por serlo, habrá de alentar el puñado de tierra que nos acoge y el mar donde naufragamos, el pedazo de cielo que nos sueña y la lava que nos incendia; lo que somos, lo que hemos sido y la pérdida y el vacío que seremos si el amor no nos redime. Mas la palabra de la escritura que reclamo no quiere transitar por los dominios de la reproducción mimética de la realidad. Desconfío de los espejos mortecinos abandonados o puestos adrede a lo largo y ancho del camino. Ya Aristóteles decía que el oficio del poeta no es el de describir las cosas que han sucedido realmente, sino las que pueden suceder; esto es, cosas que sean posibles de acuerdo a las leyes de la verosimilitud o la necesidad. La escritura que pretendo aspira a ser fundacional, a crear un mundo autosuficiente que se baste a sí mismo y en sí mismo se explique. Esa es mi verdad, esa es mi necesidad, ese el reto y tal el riesgo. Para ello, lo que escribo y lo que oculto o silencio en lo escrito no se corresponde con otra realidad que no sea la que a sí mismas se exigen las palabras. La palabra de la escritura que reclamo pretende alumbrar zonas oscuras de la realidad, aspira a iluminar territorios en penumbra del tiempo y la historia que nos pertenece y de los que procedemos, para procurar comprender la existencia en el presente, para explicar nuestro tiempo y, en él, nuestra verdadera condición, nuestras grandezas y miserias, nuestros anhelos y nuestras carencias como seres humanos, como individuos, como pueblo. Sólo así puedo intentar comprender y explicarme a mí mismo. Escritura como destino, al fin. Escribir como acto de pasión tan inútil como necesario. En soledad. Escribir para conocer y reconocerse en los tiempos menesterosos. Escribir para saberme vivo, aunque herido por el tiempo. A veces contra mí mismo, siempre bajo el peso de todas las palabras del mundo. Incluso de las que aún no han sido escritas. Escribir es querer atravesar el agua en blanco de la mirada vacía de los espejos.

He dicho que la perplejidad signa y designa hoy mi discurso ante ustedes. Hasta ahora les he hablado de esa gran perplejidad ontológica que implica el mero hecho de existir sabiendo que somos una fuga vulnerable: criaturas con cicatrices abiertas por las escamas del tiempo. Les he hablado de esa íntima perplejidad, mía en lo más hondo, que se deriva del agradecimiento y, añadido al agradecimiento, la responsabilidad. Me he referido a la perplejidad de vivir en una época marcada por la desaparición de las certezas, por la incertidumbre a que nos aboca una civilización capaz de los mayores desastres imaginables teniendo, como tiene, los medios y los instrumentos para convertir el Planeta en un lugar donde sea posible la vida sin amenazas y donde, parafraseando a García Márquez, las estirpes condenadas al desamparo y el dolor tengan una segunda oportunidad sobre la Tierra. Y les he hablado, en fin, de la palabra, de la escritura como elemento para desentrañar esa perplejidad que nos asalta cuando queremos reconocer nuestra propia imagen en el espejo. Permítanme todavía que me refiera ahora a otra suerte de perplejidad. Quizás la que mejor puede explicar mi presencia aquí, hoy, ante ustedes. Me refiero a la perplejidad de ser isleño y ser un escritor, de raíz a cielo, irremisiblemente anclado en la isla, aun en un horizonte diferente a ese que inunda nuestros ojos.

A propósito de “La excentricidad de la poesía” (“Alrededores de la poesía canaria de los 80”, en *Poesía Canaria 1980-2002. Cuatro propuestas críticas*, Baile del Sol, Tenerife, 2003) escribí que ser poeta es ser excéntrico y ser isleño es estar excéntrico. El poeta, quién sabe si por definición, por intuición, por inducción o por

elección, o puede que por todo ello a la vez confluyendo en una suerte de bendita maldición inexorable, se sitúa fuera del centro, en los márgenes más peligrosos, afilados y exigentes del lenguaje. Y ésta, dejando aparte tentaciones de interpretación de comportamientos psicológicos o sociológicos, es su más radical excentricidad. Esto es: el poeta ahonda en las potencias ocultas del verbo, despoja a las palabras de sus investiduras rutinarias y comerciales, y trasciende los ruidos y los ecos del silencio en que latén la vida y la conciencia para abismarse, así, y revelarlas en una más profunda y a la vez ingrátida, inaprensible latitud.

Las islas, por su parte, son una excentricidad de la geografía. Tan excéntrica es su marginalidad territorial, que las islas acaban por devenir en el centro de su mismo centro alejado del centro. El isleño siempre ha estado engarretado y remoto: lejos, fuera y aparte, al garete, siendo en la distancia y en la lejanía que, como sabemos, son otros nombres difusos del olvido. Y, quién sabe si precisamente por eso o porque el mar que lo rodea es siempre más que el mar, el isleño también ha vivido ensimismado, viviéndose a sí mismo en su propia y precaria intemperie existencial.

Y si esto es así, y haciendo extensiva a “escritor” la significación del término “poeta”, ¿cómo escribir la isla? El escritor que escribe la isla lo hace desde su propia subjetividad. Sin dejar de ser lo que es, la isla siempre es ella misma y es otra en la escritura. Es tantas islas tantas veces como tantos son quienes sobre ella escriben o sobre ella leen. En definitiva, no hablamos, pues, de otra cosa que de la subjetividad. Hablamos de una percepción transcendida que se nutre de la experiencia individual, íntima e intransferible. Y más si en esa percepción alienta el poder transformador de la escritura. ¿Cómo hacer, entonces, para aprehender su esencia? Repito nuevamente la misma pregunta que formulaba en mi intervención en el pasado *III Congreso de Poesía Canaria*, celebrado en La Laguna en 2006: ¿cómo conseguir que sea reconocible, que sea esa y no otra isla, la isla que invoco en mi palabra, una palabra diferente a la palabra de otros autores que también escriben la isla?...

No hablo, evidentemente, de una imagen descriptiva, de la crónica cartográfica y documental, de la constatación toponímica u orográfica de esa realidad física que compone el hecho insular. Hablo de eso y de mucho más. Hablo de esa soterrada condición esencial, originaria, fundacional, que hace que la isla cantada por Tomás Morales, Alonso Quesada, García Cabrera, Josefina de la Torre, Arozarena, Padorno, Maccanti, Pizarro, Sánchez Robayna o Antidio Cabal –por citar sólo algunos ejemplos reconocibles de diversas procedencias y trayectorias dentro de la misma Canarias, y de diferentes registros y pulsiones de la expresión poética-, se nos revele distinta pero única, siendo la misma isla a la vez. Y otro tanto podría decirse de esa otra y misma isla que se plasma en las narraciones de Agustín Espinosa, Alfonso García-Ramos, Isaac de Vega, Víctor Ramírez, Juan-Manuel García Ramos, Luis León Barreto, Juan Pedro Castañeda, Ángel Sánchez o Juan José Delgado, por citar igualmente sólo unas cuantas distintas estéticas insulares dentro del género narrativo. Hablo de la aplicación de procedimientos expresivos capaces de traspasar la apariencia inmediata de la isla para conducirnos a niveles y sustratos más profundos, más hondos e imaginativos en donde se cumple la esencia que la identifica. Hablo, en suma, de un proceso que se establece en el mito, porque, como apuntaba Roland Barthes, el verdadero principio del mito es transformar la historia –todo lo que la palabra historia implica- en naturaleza. La isla no es sólo geografía. Es también, memoria, identidad, palabra. Y para revelar su condición identitaria, el poeta, el narrador, debe acudir al mito y al símbolo, a esa multiplicación de sentidos que el lenguaje encierra. Porque el escritor, no lo olvidemos, tiene en el lenguaje su instrumento y su razón..

De esta manera, cuando yo poeta o narrador escribo mar, volcán, cráter, lava, coruja, guirre, tabaiba o henequén, escribo apelando, además de lo meramente informativo, a otras potencias latentes del verbo. No es la mera descripción o enumeración paisajística, sino que cuando escribo mar, volcán, cráter, lava, coruja, guirre, tabaiba o henequén quiero implicar también a la historia oculta, a la memoria colectiva, al secreto latir que, en esas palabras, las vive en el pasado y en el presente, ocurriendo todo ello en un tiempo sin tiempo que, como nos enseñó Octavio Paz, se cumple, siendo por igual pasado y presente, en el poema. Cuando yo escribo la isla, la transformo y la transciendo en otra realidad mitologizante. Sólo así, en el símbolo perdurable que se extiende más allá de la apariencia o la descripción inmediata, la isla se existe a sí misma unívoca y múltiple, siendo ella y la imagen de imágenes que encierra.

Pero la isla, como digo, no es sólo geografía sobre el mar en el horizonte. La isla es también el ser que la habita y los nombres en que se reconoce. Entonces, en esa operación de establecer su esencia, de fijar su auténtico ser a través del mito, ha de estar presente el latido de lo humano. Ya lo dijo García Cabrera cuando reflexionaba a propósito de “El hombre en función del paisaje”. Y, así, no concibo una isla aséptica o deshabitada, sin el pulso cierto de lo humano. Aunque ese pulso sólo sea el de quien la escribe. La isla escrita sólo es auténtica si se consume necesaria en quien la nombra. Como tampoco concibo la isla sin el rumor inherente de los ecos de las palabras con que a sí misma, en su propia especificidad, se designa. Esas palabras que nos pertenecen y a las que pertenecemos. Esas palabras que sólo son cuando son en la isla. La escritura es lenguaje y sólo desde el lenguaje es dado fundamentar la naturaleza de la identidad. Si ese lenguaje es verdadero, surgido de la más honda necesidad interior de quien escribe, habrá de confundirse con la propia condición del escritor, y eso incluye las palabras en que se reconoce su destino sobre la tierra. Porque esas palabras constituyen su ser existencial y su diferencia, predominando sobre las otras palabras comunes. Isla y escritor, pues, fundidos en el mismo verbo originario que los habita.

Al cabo, escribir la isla quizás sólo sea escribir siendo isla. El poeta, el narrador, que escribe la isla, quizás sólo aspira a ser siendo imagen y semejanza de una condición que prevalece por encima de la caducidad del tiempo y lo efímero de la apariencia. La isla que yo escribo quiere ser sustancia y esencia. No sé si existe otra mirada posible de lo insular. Puede ser que desde la distancia, desde el desconocimiento, desde un espacio físico y mental distinto al isleño, quepan interpretaciones divergentes. Seguramente que desde Nueva York, La Habana, Madrid, incluso desde la misma Canarias, la isla encarna en verbos disímiles y lo haga, además, según sea o no isleño el poeta. De nuevo estaríamos ante el fenómeno de la subjetividad desde la que se establece y se proyecta la escritura. Seguramente, según nos induce a creer el sentido común, sin otras reflexiones de más hondo calado, puedan señalarse más similitudes entre la palabra de escritores isleños, aunque sean de islas remotas entre sí, que entre un escritor isleño y otro de tierra adentro. Seguramente en un ejercicio de literatura comparada encontraríamos abundantes muestras ilustrativas de cómo la geografía marca y condiciona el verbo, y cómo se establecen similitudes y correspondencias en diversos niveles expresivos. Seguramente. Pero, como digo, cada escritor es una isla. O debiera serlo.

En mi caso concreto, yo poeta y narrador que escribo la isla, la distancia no ha hecho sino aproximarme más a ella, haciendo que la sienta más “en lo junto”, que diría Vallejo. En la distancia he aprendido a sentirla más hondamente mía. He aprendido a saberla propia, a intentar recrearla en la misma raíz de su esencia. En la lejanía, la percibo despojada de falsos tópicos y prescindibles añadiduras. Auténtica y necesaria. Siendo en el centro de su ser más cierto y rotundo. Ese que se erige seminal y originario

cuando, en la distancia, al escritor, que es escritor y es isleño, lo asedian la pérdida y el vacío del desarraigo. Para que la isla me pertenezca por entero, sin claudicaciones ni reservas, la transformo en mito y símbolo por el poder de la palabra. Es una forma de retenerla por siempre, confundiéndome con ella, en ella fundido aboliendo los límites, queriendo evitar que se desvanezca en las nieblas del olvido.

Soy isleño. Irremisiblemente. Isla en la isla. Y fuera de ella, isla también. Ese es mi sino. Ese el destino cierto de mi mirada. Esa, por encima de la distancia y la lejanía, más allá de la geografía de la memoria y el legado del tiempo en los sentidos, es la última perplejidad que me vive y en la que prevalezco.

Muchas gracias por su atención.